

METROPOLIS DE OASIS OXIDADOS

Antonio Fernández-Alba

Vencida la ciudad del habitar y comunicarse del hombre por las condiciones metropolitanas de la movilidad y el consumo, quedó separado el individuo de su medio. El medio tecnificado arrebató al hombre sus atributos de ciudadano para convertirle en autómatas residencial y nómada telemático. La utopía social de la modernidad industrial con aspiración a un orden global se ha frustrado en la configuración confusa de la metrópolis postcapitalista.

ESCASOS son los testimonios de optimismo, que aún nos quedan, al contemplar la ciudad, la *ciudad moderna* con la que se pretendía inaugurar el arco tensado del siglo que concluye. De su grandeza brillan «oasis oxidados» de sus períodos de esplendor. Sendas solidificadas para los territorios de locomoción, que invadieron el valle y profanaron el lago. Artefactos mineralizados de transparentes transfiguraciones, se confabulan con las dunas de arcilla, al modo de monolitos perforados donde albergar los vagabundos del motor, soberanos de los lugares de destierro. Rascacielos y conflictos sociales, heterogeneidad de instintos urbanos y eclecticismos de confusas e inciertas geometrías, se suceden como caleidoscopios herméticos donde albergar las automatizadas ambiciones del nómada telemático.

¿Serán estos fragmentos del drama que acontece en la metrópoli fin de siglo o praderas del Edén urbanizado donde poder seguir imaginando lugares para el ensueño ligero?

Tiempo y cambio

Los nuevos tiempos de la razón, marcaban por aquellos principios de siglo los presupuestos del cambio que introduciría el progreso, de manera que *tiempo y cambio* se consolidaron como un binomio solidario del progreso y la razón. El tiempo pronto se apresuró a depurar los discursos de la promesa, que de manera evidente acontecieron. Con cierta precisión, algunos de estos textos insinuaron los riesgos de los «efectos grandiosos». Se confiaba que el tiempo ofrecería para el espacio de la ciudad una situación más gratificante, porque la arquitectura podría proyectar sus formas en los valores sustanciales de la utopía, aquel paradigma neoilustrado de la revolución industrial que pretendía garantizar para todos, bienestar generalizado en el nuevo paisaje del humanismo social.

Junto a esta concepción de un tiempo no lineal, se superponía la *noción del cambio*, de manera que la ciudad se construiría *ex-novo*, en dos estrictos parámetros, o si se prefiere en una síntesis conceptual, dilatada en el tiempo y en una metáfora alegórica concebida para formalizar el cambio de valores. Fueron pues tiempos de cambio para la ciudad, y en su tránsito se pretendió edificar la nueva arquitectura en el contexto de la utopía moderna. El proyecto moderno de la arquitectura, y su consecuente construcción de la ciudad, sufrió como sus propios habitantes, miedo y desolación apenas concluidas las tres primeras décadas, cuando vieron crecer «los gigantes amarillos» y los tilos plantados en los albores del siglo moribundos se tornaron.

Emblemas de la función

4 Para reducir tan inmerecida prueba se acudió a una terapia mal administrada: mitigar el sentimiento o eliminarlo con endurecidas sombras, incorporando la ciencia urbana como sucedáneo general a todos los males. La ciencia por su objetividad no podría ser tan dañina para construir espacios habitables, además eclipsaría los «caducos estilos» de los tiempos precedentes. Mientras tanto revolución y vanguardia, institucionalizaban las taxonomías ambiguas del estado burocrático moderno, en totalitarismos ideológicos y socialdemocracias. Desapercibido paso por aquellos tiempos, los fundamentos neoliberales y absolutistas que encerraban las nuevas formas de dominio de unas sociedades orientadas hacia la *cultura del lucro*. El espíritu de la arquitectura se iba oscureciendo entre las triunfales conquistas plásticas de las vanguardias y un sentimiento de pasión se apropió del manejo y manipulación de la materia. La manera de interpretar el mundo quedó alojada en la *función*, y tan singular invasión llegó a malgastar *la forma*: al margen de la función, se llegó a acuar, la forma no tiene razón de existir.

Por entonces se comenzaba a percibir que en los incipientes espacios de la ciudad moderna le resultaba difícil subsistir al «hombre sin atributos», rodeado por tantos tubos de ensayo y contemplador de aquella arquitectura de «baladas funcionales». Poco a poco la arquitectura se reducía a una serie de objetos aleatorios, donde sus formas hacían explícito que habitar aquellos lugares era tanto como aceptar nuestra convivencia perdida.

La dimensión sublime del bello objeto arquitectónico en la ciudad, encerraba, pese a su intrínseca belleza, un cierto grado de perversión, pues el «nuevo espíritu» se legitimaba por unas minorías heroicas que llegaron a suprimir los espacios de la historia en beneficio de la emblemática función. No obstante, el fracaso de los credos políticos y la determinación de abogar por una secuencia de ecuaciones mecánicas, insinuaría la orientación de la respuesta hacia el acontecer poético. El arte, asumió la responsabilidad de hacer aflorar al mundo, las ideas propias de su tiempo, ideas que configuraron solidariamente la *modernidad del mundo ético*.

Iluminadores discursos de ruptura afloraron en el mundo interior del artista: cubismo, surrealismo, abstracción, constructivismo... sus mensajes reunían un conjunto heterogéneo de expresiones pero también una gramática para construir los nuevos discursos sociales de la época, pese a

que el artista no tuviera un conocimiento preciso de la accidentada geografía del acontecer social. Aquellos artistas de la mirada interior desparramaron su gesto creador entre los ecos de un imaginario futuro y las figuraciones de un pretérito ya consumado. El artista militante mostraba a través de sus obras los entornos de la utopía, al mismo tiempo que enunciaba el drama de la enajenación moderna.

La ciudad, desde sus visiones axonométricas hacía patente la ausencia de sus moradores y la contaminación que en ella depositaban los artefactos industriales, situando al espectador de estos grabados imaginarios en los límites del firmamento, como un ángel necesario que contemplara un laberinto en expansión permanente. Así, Le Corbusier, reformador e iconoclasta, llevado por su celo mesiánico hacia la máquina, proponía demoler el París medieval y sustituirlo por opacos caleidoscopios donde verificar los ensayos de la «utopía totalizadora sobre la ciudad». El Plan Voisin, se concebía como una planificación totalitaria, un martillo neumático guiado por el «ojo cartesiano» para abolir calles y plazas, segmentar la ciudad en campamentos adecuados donde alojar la nueva gleba de la esperanzada sociedad industrial.

El ideario de aquellos pioneros de la ciudad moderna evidenciaba el anhelo de los primeros utópicos, constructores de unos espacios repletos de un idealismo social que apenas reflejaba las realidades del tiempo. Sus croquis registraban los sueños blancos y grises de una razón que postulaba destruir las adherencias eclécticas, los amuletos estilísticos que el transcurrir del tiempo habían sedimentado sobre la ciudad. Arrasar toda diferencia para hacer patente la fuerza innovadora de un presente sin recuerdos, e instaurar la arquitectura sublime de acero, hormigón y cristal.

5

Naturaleza técnica

La arquitectura de la ciudad industrial, como en tiempos del Renacimiento, precisaba también de los códigos compositivos, debería venir regida por la vida, de materiales agradables al tacto, cordiales a la vista, adaptada al ritmo del ser humano para envejecer con dignidad y no violentar al orden circundante. Pero el ideario renacentista y la apacible traza burguesa de la ciudad precedente no servían para formalizar los itinerarios del autómata residencial o del nómada telemático, en los que se había convertido el ciudadano de los viejos burgos. La utopía moderna, soñó para la ciudad una forma perfecta y casi definitiva. El «azar» y la «voluntad de progreso» se encargaron de reproducir su menesterosa morfología actual.

El proyecto de la arquitectura destinado a la ciudad de los «menhires sublimes», llegó a los perfiles próximos de la máquina, diseñando sus edificios como objetos autosuficientes en la segunda naturaleza técnica. Pero los edificios que obedecen a las leyes del cambio de la función apenas pudieron aceptar la función del ser que los requería. Algunos permanecen, aquellos que soportaron la selección natural de lo bello. Aquella utopía moderna, primera aurora de la razón entre brumas, postuló un proyecto para la ciudad del siglo XX, reductiva en sus elementos expresivos, amputada de recuerdos, cautiva y prisionera de la idea. Inauguró, eso sí, la nueva dimensión del

tiempo y se transformó en *utopía negativa*, en lugar sin residencia apacible, mitificó la *máquina*, deificándola como abstracta mediación para habitar y comunicarse. Nunca sabremos a qué se llamó la ciudad moderna.

La expulsión del individuo

¿Quién construye la ciudad? ¿Qué proyecto organiza el desarrollo de lo urbano? Las sociedades capitalistas avanzadas evolucionan hacia un modelo de producción específica, *modelos de producción de Estado*, sistemas de poder que resultan de un compromiso entre las estructuras de iniciativa privada y los postulados del nuevo capitalismo de Estado, en los diferentes procesos de gestión y desarrollo, este modelo es en el que se orienta la presente ideología del mundo occidental.

La sociedad se organiza según los principios de la «economía del deseo» a los que ha llegado el nuevo capitalismo industrial integrado (C.I.I.), formado por las *transformaciones y adaptaciones* del capitalismo monopolista y las *alternativas* que propone el capitalismo de Estado, en los diferentes procesos de gestión y desarrollo, este modelo es en el que se orienta la presente ideología del mundo occidental.

6

El proyecto que este modelo (C.I.I.), por lo que se refiere a la construcción de la arquitectura de la ciudad, se ve circunscrito bien a un «formalismo técnico» que dé respuesta a las infraestructuras de la movilidad, grandes macroespacios para el consumo (*movilidad+consumo*, como se sabe, son los factores de mayor incidencia en la construcción de la metrópoli moderna), o bien en un «formalismo historicista», que pretende mantener mediante costosas cosméticas las viejas tramas urbanas de la ciudad construida. La cultura que desarrolla este modelo C.I.I. en la ciudad marca una división sin paliativos entre la experiencia subjetiva y toda la cosmogonía de artefactos que constituyen el hipermercado de necesidades ficticias, una fractura entre la persona y los escenarios metropolitanos.

La negación del individuo, pese a tanta literatura humanizadora de las vanguardias teóricas, es un proyecto implícito en el proyecto de la arquitectura moderna. Esta abolición de la identidad se plantea en la ciudad del protorracionalismo en una doble valoración, como concepto y como uso, como individuo y como grupo, como estilo individual y estilo colectivo. Paradójicamente el proyecto del arquitecto cobra un protagonismo fuera de lugar, su expresión individual interpreta y reproduce la pluralidad estilística de las formas que construyen el espacio de la ciudad.

La negación de la identidad en la ciudad, la fractura entre persona y medio urbano, produce una necesidad de prolongar la historia individual llena de silencios, en un diálogo con los artefactos técnicos de comunicación, con los medios informatizados que pueblan los ámbitos de la democracia espectacular. En la calle sólo quedan los expedientes nemotécnicos del caminante solitario, según la melancólica cita de Walter Benjamin, el dentro y fuera, interior y exterior, sólo se perciben por los códigos que señalan las demandas del consumo. Signos que vienen a ser como

desiertos distantes de su individualidad arrebatada, tangentes sólo por la contingencia del consumo, esa necesidad fingida, propiedad aplazada, donde también el objeto se ha quedado sin lugar. Su propiedad sólo se adquiere por el otear posesivo, por la percepción transitoria, como mirada mediadora de la identidad perdida. La mirada entretenida en la calle de los objetos alineados, de la mercancía afamada de los signos, rasgos publicitarios, autógrafos anónimos, marcas registradas, astrolabio del dinero, efímeras consignas, sintagmas benéficos, códigos cromados, arquitecturas en fin de las mil filigranas. La metrópoli como guía de la separación entre hombre y medio de este epistolario codificado del adiós, desahuciado del yo en el habitar de la gran metrópoli.

Nuestros cuerpos de la infancia rozaron aún los muros de la ciudad que albergaba la atmósfera de los ensueños de la niñez, nuestra adolescencia y madurez ya enmudecen en la patria de los «inmateriales de la metrópoli», errantes vagamos en el azar de la jungla telemática.

El hombre disociado dejó el corazón en la ciudad herida y trata ahora, en lo que es ciudad confusa, asimilar con razonada esquizofrenia las promesas que bordean sus luminosos mensajes.

Infancia metropolitana, a lo que ahora asistimos, la ciudad quedó vencida irremediabilmente con sus recuerdos, símbolos y fetiches. La ciudad como memoria abolida de las cosas, en ella nos queda sólo la mirada de los objetos transitorios, pero los objetos como las cosas, desalojadas del recuerdo, amputadas en su esencia, son efímeras. El cuerpo del hombre hace tiempo que fue arrojado del edén urbano y hoy su alma ya divaga por las geometrías de la angustia, entre colinas de rojas arcillas y menhires de transparente celofán. □

7

